



Pero lo recordaré siempre con olor a tabaco, y a metro, y a tinta y a papel.

Parece raro oler a metro, ahora que el metro no tiene ningún olor especial. Pero por entonces era diferente y el olor se agarraba a las ropas de quienes lo transitaban a diario con la misma ropa.

Mi padre iba al banco con traje y corbata, pero el traje, o a lo mejor dos, de ir al banco; y las corbatas de ir al banco, y las camisas quizá también. Y aquellas ropas, aun ya en casa, seguían teniendo aquel olor.

Pero, aunque nadie lo creyese, mi padre olía a algo más que no era a nada concreto pero sí peculiar, y que yo podía distinguir en medio de una multitud y afirmar, sin la menor posibilidad de error, si mi padre estaba entre aquella multitud o no.

No teníamos teléfono — casi nadie lo tenía, el teléfono entró en casa cuando yo tenía unos once o doce años y todavía recuerdo el número que era 545431 y, algún tiempo después, nos envió la telefónica una carta diciendo que desde tal fecha el nuevo sería 599137 — y, cuando él se marchaba por la tarde a hacer horas, nos decía, o acordaba con mi madre, si iba a regresar en el 52 o en el metro.

El 52 paraba aquí mismito, en la esquina, y no requería el preparativo de que ella, mi madre, se pusiera los tacones y, a mí, el abrigo gris y un sombrero de fieltro con ala para “vamos a esperar a papá”. Pero el metro estaba más lejos; y si íbamos a esperarlo ya era un poco como salir de paseo porque volvíamos caminando y a lo mejor me compraban castañas o, si no, patatas fritas en una tienda diminuta que había en Francisco Silvela, encajonada entre una carbonería y un taller de reparación de calzado.

Como entonces la estación de Diego de León era final de línea y no había ninguna otra mas₁ que la que iba a

¡El ordenador se empeña en poner este “mas” con acento; pero yo se lo quito porque es el más que utilizaba mi madre, así, sin acento, al hablar, aunque yo no creo que ella se plantease, de manera consciente, nada que tuviera que ver con conceptos como “aumentativo” o “adversativo”.

Sol, cada vez que llegaba un metro los pasillos y las escaleras se llenaban de la gente que salía y, hasta que llegaba el siguiente, no salía nadie.

Bueno pues, cuando estábamos esperando allí, acodadas en la barandilla, yo podía decir, y decía, a cada metro que llegaba, si mi padre venía en él o no; y lo sabía desde que llegaba desde lejos el primer rumor de pasos y la primera vaharada de calor y de tantas respiraciones amontonadas.

Mi madre preguntaba cómo podía saberlo; pero a mí me parecía facilísimo y le contestaba que porque no olía a mi padre. Ella se quedaba perpleja, pero terminó por creermelo viendo cómo no me equivocaba ni una sola vez.